

# ***La estabilidad del equilibrio inestable. El Partido Revolucionario Dominicano como Partido Popular o Gobernante***

**José Oviedo**

---

**José Oviedo:** Sociólogo dominicano. Investigador del Centro de Estudios de la Realidad Social Dominicana (CERESD), de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Es autor de los libros "Génesis y Desarrollo del Problema Metodológico en Marx" y "Estado y Crisis Política (1980)".

---

En 1978, República Dominicana inició un proceso de construcción de la democracia después de una larga tradición autoritaria. Presidido por el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), dicho proceso constituye la más duradera experiencia democrática del país. Empero, las características del partido de gobierno se inscriben hoy dentro de un panorama de bloqueo de la democracia.

A diferencia de las formas de representación política socialdemócratas y populistas, en el PRD no ha existido una representación de las clases populares como fuerzas organizadas, por lo que no puede hablarse de una incorporación de la clase obrera como "clase-apoyo" en función de una subordinación a directrices partidarias y estatales que le abra un espacio de participación en la toma de decisiones. Relacionado con una sociedad civil sumamente atomizada, en la que una tradición autoritaria prescribió la organización de las clases populares, el PRD representa al "pueblo" de manera genérica y amorfa.

Así, las élites políticas del partido, una vez en el Poder del Estado, se autonomizan crecientemente de sus "representados". Dentro de una crisis de representatividad, la ausencia de mediaciones organizativas con las clases subalternas que permitan a éstas ejercer presiones sistemáticas, permite que los "intereses creados" se constituyan como dominantes en la toma de decisiones. La "lucha de tendencias" se verifica como una lucha no programática, "desideologizada", por controlar cuotas de poder. Resultante: una pirámide de poder basada en el clientelismo - y no en la representación de clases - que, junto a una política económica autoritaria, reduce de más en más la democracia a las elecciones cuatrienales.

En 1978, el ascenso del Partido Revolucionario Dominicano (PRD) constituyó el resultado de una crisis del Estado. Las razones de dicha crisis son mucho más com-

plejas de lo que se piensa regularmente. En los doce años de gobierno balaguerista, República Dominicana tuvo cambios fundamentales en la relación Estado-economía y en su estructura de clases. La expansión de la burguesía, los procesos de urbanización y las migraciones campo-ciudad, la extensión de las funciones intermedias en el Estado, la industria, la banca, el comercio, los servicios, con el subsecuente auge de la "clase media", del incremento del proletariado urbano y otros fenómenos más implicaron elementos de desplazamiento geográfico, reestructuración de las clases, modernización económica, urbanización de las masas, etc.

Por su tradición de lucha democrática y popular, el PRD, se convirtió en el gran medio de movilización de masas y expresión policlasista, en contra del carácter excluyente del sistema político balaguerista. Mientras el balaguerismo se iba aislando y concentrando su poder en la relación instituciones militares-campesinado, el PRD articulaba toda una sociedad civil en vías de modernización y afirmación, polarizándola frente al gobierno.

El éxito electoral y político del PRD se ha debido a su carácter de partido de masas constituido por una tradición democrática y popular, síntesis de una serie de demandas de cambio económico y libertades públicas a partir de las cuales el PRD se construyó como una potente fuerza de integración política. El "mito fundacional" de esta tradición fue la gesta revolucionaria de 1965, y su desarrollo, la oposición antibalaguerista de doce años. Es este el proceso histórico - cuyo antecedente fundamental estuvo en los siete meses de gobierno de 1963 - en el que dicho partido asimila un conjunto de prácticas y símbolos articulados a lo nacional y a lo popular.

### ***DEL PARTIDO POPULAR AL PARTIDO DE GOBIERNO***

En su lucha contra una específica forma de Estado (el "autoritarismo" que transcurre desde 1966 hasta 1978), el PRD permitió la expresión política de sectores modernizantes de la burguesía dominicana, así como las clases urbanas, particularmente de las capas medias. Con ello, la creación de un sistema de partidos que en 1978 sintetizó el desplazamiento de la principal "clase-apoyo" de los poderes económicos y estatal desde el campesinado a la pequeña burguesía y las capas medias.

En ese proceso, el PRD se conformó como partido policlasista, de burgueses profesionales, obreros, campesinos, etc. Al convertirse en partido de gobierno el futuro político del PRD está vinculado al problema estratégico de la estabilidad de este equilibrio inestable. Como partido popular, la tradición perredeísta se une al plan-

teo de problemas y exigencias en el orden económico social, político, derivadas de las mayorías dominicanas; como partido de gobierno, inscrito en el vértice del poder, la "función" del PRD se relaciona con la transformación, reducción y moderación de las demandas populares, es decir, con el objetivo de todo poder, que es conservar los fundamentos de su orden.

Así emerge el partido de masas como alternativa ante la crisis, que no pone en peligro la continuidad del orden capitalista. Pero una vez en el poder, ese partido deviene en una ambigüedad permanente. Al tener que afianzar una relación entre Estado, democracia y masas, debe seguir procurando canalizar una serie de demandas sociales que le dan cierto apoyo popular, pero la relación Estado-economía en el capitalismo subdesarrollado lo convierte en un "moderador" de las reivindicaciones de masas, negando parcialmente su carácter popular y articulándose de más en más a los "grupos de intereses" de la burguesía.

Lo que sucede con los partidos populares que se transforman en partidos de gobierno, es que se encuentran atrapados entre el deseo de poder estatal (que los induce a ser un partido "modelo") y la necesidad de presentarse y legitimarse como representante de lo popular y democrático, canalizando el descontento y la crítica.

En el primer gobierno perredeísta (1978-1982) se estableció una verdadera tensión entre esos aspectos contradictorios. Planteando al gobierno como algo externo, a través del conflicto gobierno-partido, y situando al período de Guzmán como un gobierno de "transición" hacia el "verdadero" gobierno del PRD, el partido oficial mantuvo una importante base urbana de apoyo popular que dio el triunfo a Salvador Jorge Blanco.

Pero el segundo gobierno del PRD ha desarrollado una polarización desmedida hacia el primer aspecto, el deseo de poder. La lucha de tendencias gira de más en más en torno a esa voluntad de poder, jamás respecto a problemas sustanciales de nuestra democracia; y el resultado es un partido cuya ideología es progresivamente difusa y cuyas prácticas se alejan de lo popular. Estamos hablando entonces de una crisis de representatividad del poder ejecutivo, el partido y el poder legislativo respecto al pueblo que lo eligió para dirigir la democracia dominicana.

### **LA DEMOCRACIA SE EROSIONA**

La democracia se ha fundamentado en una relación líder-masas, no en la capacidad del sistema político para incluir las clases populares en ciertos niveles de la

toma de decisiones que vayan más allá de las elecciones cuatrienales. Excluidas del Estado y los partidos en tanto clases organizadas o, al menos, en tanto grupos de presión, los sectores populares están presentes de manera amorfa, esto es, en tanto que "masas". De ahí que podamos decir que el proceso de democratización en República Dominicana ha sido parcial, y realizado a través de medios que no dejan de poseer fuertes elementos autoritarios.

Los fenómenos de industrialización y urbanización característicos de la década de los 70 se han articulado a las migraciones, la masificación, el incremento de las capas medias y los cambios en los patrones políticos en el sentido de su modernización. Estos han sido soportes fundamentales de la democracia. Empero, la industrialización y la democratización han sido fenómenos contradictorios. La continuidad de las estructuras económicas tradicionales ha bloqueado la expansión industrial y deprimido la economía como un todo, agudizando las dificultades para producir el excedente económico y, mucho más, para redistribuirlo. Por el contrario, por lo menos a partir de 1982, las tendencias hacia la concentración del ingreso se profundizan en la medida entre otros fenómenos - se verifica el círculo crisis e inflación.

Esta situación ha bloqueado la satisfacción progresiva de las demandas sociales por parte de las políticas estatales, particularmente en el segundo gobierno perredeísta. Si el Estado del capitalismo desarrollado se dirige a producir una apatía política en parte de la población a través del consumo, de la creación y satisfacción de demandas, el Estado - aquí - dada su escasa capacidad para ofrecer "libertades concretas" (Gino Germani) en este terreno sólo puede producir niveles de despolitización en las clases populares a través de su desorganización, no de su integración como fuerzas organizadas. La democracia dominicana, al no producir las transformaciones necesarias para sustentar económicamente un sistema político ampliamente "abierto", ha dado continuidad a una serie de modalidades de exclusión de los sectores populares, sea en la distribución del ingreso, sea en la toma de decisiones.

Pero, mientras menos fuentes de satisfacción de demandas tenga el sistema político, más desorganizada debe ser la sociedad para crear un orden una vez se ha modernizado, institucionalizado y liberalizado. Sin embargo, pese a que la desorganización de las masas crea una imagen de paz y equilibrio político, las bases de ese equilibrio pueden alterarse bruscamente, una vez descansan no en una estructura amplia de mediaciones entre Estado y clases populares, si no en su desmovilización (o movilización puramente electoral) debido al reducido número de formas de

lucha organizada dentro de estas últimas. En la coyuntura de Abril de 1984, se demostró que un rápido decrecimiento en el nivel de vida de "las masas" (por ejemplo con el acelerado y profundísimo proceso inflacionario iniciado en enero de este año), junto a la ausencia de medios institucionales para procesar los conflictos, puede conducir a un brusco y sorpresivo boom, e incluso a una pérdida del equilibrio político.

La incapacidad del sistema político para hacerse mucho más inclusivo en un sentido no puramente electoral se conecta directamente con la ausencia de un proyecto y una práctica de reformas sociales. La coexistencia de un arcaico sector agrario con un proceso de industrialización ha tenido un efecto paralizador sobre este último. No obstante, dicho conflicto no se ha derivado en importantes conflictos políticos entre ambos sectores. No sólo porque ambos tienen un "hand-to-hand" en el proceso económico<sup>1</sup>, sino también porque todo parece indicar que, para el empresariado dominicano, lo prioritario es el equilibrio político, más que los cambios en el esquema de desarrollo que pudieran asegurar una expansión a mediano plazo<sup>2</sup>. De ahí la ausencia de un proyecto de reformas procedente del "bloque de poder" en República Dominicana, dado que cambios importantes en el modelo económico podrían representar "riesgos" para la "estabilidad social", desde el momento en que alterarían la composición de dicho bloque, así como la relación entre cada sector empresarial y "las masas" (por ejemplo, en la posibilidad de una movilización de las masas campesinas dentro de un proceso de transformaciones agrarias)<sup>3</sup>.

"Bajo estas condiciones, en las cuales ninguno de los grupos dominantes es capaz de ofrecer una base para las reformas, las masas populares aparecen una vez más como la única fuerza capaz de proveer tal base"<sup>4</sup>. Pero en República Dominicana, el nivel de desorganización de los sectores populares y la ausencia de estructuras corporativas de integración, unido a la desarticulación y "desideologización" del PRD, no ha permitido la construcción de un proyecto de reformas sustentado por una fuerza política con arrastre popular. Está claro que "algún tipo de reforma en la estructura de poder es necesario para producir un programa de cambios"<sup>5</sup>, y que sin esos cambios la crisis tiende a profundizarse, empero, no existe hoy en República Dominicana ninguna fuerza social que, dentro del orden existente, se proponga

<sup>1</sup>Véase J. Oviedo: La explotación de la fuerza de trabajo en Estado, Reestructuración y Crisis, en República Dominicana (1965-78). Tesis de grado UASD, Tomo II, 1983.

<sup>2</sup>Esta tesis ha sido planteada por Leopoldo Artilés en La ideología del empresariado dominicano. Tesis de maestría, FLACSO, México, 1982.

<sup>3</sup>Véase J. Oviedo: Estado y Clases Subalternas. Revista Realidad Contemporánea. pp. 18-19, 1982.

<sup>4</sup>Francisco Weffort: State and masses in Brazil. en Irving Horowitz (ed) Masses in Latin America, N.Y. Oxford University Press, 1970, pp. 401, 402.

<sup>5</sup>Idem, pág. 403.

efectuar cierta redefinición en la estructura de poder en función de un proyecto de reformas.

La inexistencia de este proyecto de cambios estructurales en el capitalismo dominicano hace que la crisis torne de más en más corporativa la conducta del empresario, la cual tiende a demandar un Estado de protección al empresario y a oponerse con peculiar temor a cualquier intervención estatal que trascienda sus intereses particulares inmediatos. Todo parece indicar que la construcción de un modelo estratégico de desarrollo por parte del Estado tendría que basarse en un programa de cambios que a su vez tendrían que regenerar bases importantes de apoyo popular para unas élites políticas cuya relación con las masas presentan hoy niveles importantes de distanciamiento.

La actual inexistencia de un cuadro estratégico de este tipo hace que el Estado devenga una instancia paralizada por las presiones corporativas de los grupos de poder, inmersa en un sistema de compromisos en el cual la consideración de lo popular y democrático se hace mínima. La ausencia de una reforma fiscal, que ha bloqueado el desarrollo de los gastos de capital y de los gastos sociales, y que condujo al Estado a un extraordinario endeudamiento, es un claro ejemplo de este problema.

Tan sólo de manera aislada pueden captarse niveles de comprensión de la relación entre economía y política, entre modelo de desarrollo y democracia. Por ejemplo, en estas declaraciones del Dr. Marcio Mejía Ricart, diputado por el PRD cuya fuerza interna a dicho partido es mínima:

"En el país no hay propósitos de ninguna clase, ni objetivos definidos, pues ni el gobierno ni los partidos políticos, ni el sector empresarial tienen un programa de trabajo y mucho menos una tesis económica para resolver la situación"<sup>6</sup>.

Se trata de una verdadera ausencia de programación y proyecto a mediano y largo plazo. Ausencia que en el discurso gubernamental se trata de "llenar" con declaraciones sobre la fe en el pueblo dominicano y la esperanza en nuestro espíritu de trabajo. Esta teleología no es causal. La política económica de corto plazo, de corte monetarista, se caracteriza por la profundización de la depresión económica y por la acentuación de la exteriorización de la economía dominicana, desde el momento en que el énfasis estará puesto en el estímulo a las exportaciones y no en el estímulo al mercado interno. Esta combinación sólo conduce al deterioro del nivel de vida

---

<sup>6</sup>Última Hora, 23 de junio, 1984, p. 12.

de la población, esto es, a una menor capacidad del sistema económico-político para integrar demandas sociales. De ahí la tendencia a la crisis de la democracia y a la acentuación de elementos autoritarios. Pero esas tendencias actuales no podrían aparecer en el discurso gubernamental, porque conducirían a una autodeslegitimación. De ahí que la discontinuidad entre la política actual y un mediano plazo de desarrollo sea "llenada" con una teleología de fuerte contenido moral y religioso.

Es probable que sólo la reconstrucción de una base popular pudiera dinamizar una alternativa frente a la crisis que pueda desarrollar la democracia. Pero, sin lugar a dudas, solamente un proyecto de cambios sería capaz de establecer las premisas para un proceso similar.

Lo cierto, hasta el momento, es que el sistema político se dirige a acentuar los rasgos autoritarios de un modelo democrático de "participación limitada" (Gino Germani), y que se incrementa la contradicción entre "el modo en que opera la economía bajo las presentes condiciones y los requisitos necesarios para mantener una alta tasa de inversiones"<sup>7</sup>.

Dentro de este contexto, lo político se constituye como un campo de competencia entre los "intereses creados", como un territorio de "solidaridades particularistas" en confrontación<sup>8</sup>. La inexistencia de un proyecto que produzca intereses generales conduce a la profundización de la fragmentación que caracteriza nuestras sociedades, disminuyendo la coherencia del sistema político. Articulado a la crisis económica, este fenómeno aumenta el nivel de exclusión de las relaciones políticas (es decir, el grado de incapacidad que tiene el sistema económico-político para incluir, representar, satisfacer demandas sociales), lo cual conduce a una crisis de representatividad (del poder ejecutivo, de los partidos, del poder legislativo).

La crisis, pues, no sólo se caracteriza por su dimensión económica sino también por estar bloqueada la dinámica democrática y, particularmente, por el extraordinario incremento de la influencia de los intereses creados en la toma de decisiones. Este fenómeno cobra radical importancia sobre todo en el contexto de una crisis de las mediaciones políticas entre Estado y sociedad. En la constitución de la democracia dominicana, el PRD ha sido la mediación fundamental, desde el momento en que no existen estructuras corporativas entre el Estado y las clases sociales. Empero,

<sup>7</sup>Celso Furtado: *Dialéctica de Desarrollo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, p. 128.

<sup>8</sup>Véase Ronald C. Newton y su estudio sobre la fragmentación de las sociedades latinoamericanas, *On "functional groups", "Fragmentation" and "Pluralism" in Spanish American Political Society*, en Howard Wiarda (ed), *Politics & Social Change in Latin America*, 1974, estudio sumamente sugerente para el análisis del caso dominicano.

mientras la socialdemocracia y el populismo conformaron su élites dentro de un sistema de representación e inclusión de intereses policlasistas (posibilitadas por una política económica redistributiva, por las estructuras corporativas y por la cohesión ideológica), el PRD ha sido una institución que ha representado la sociedad de manera genérica, ha representado "las masas" y no las clases, y que como partido de gobierno ha podido autonomizar sus élites en un grado tan alto precisamente por el carácter genérico de esa representación. El resultado es la profundización de la separación entre élite y masas, la disminución de representatividad y el carácter excluyente de su gestión del Estado (excluyente en las relaciones entre las tendencias y en la relación con las demandas sociales) sobre todo en su segundo período. Ese carácter excluyente ha sido acentuado por una política económica concertadora y por la ausencia de una coherencia ideológica dentro del PRD. Lo que ha determinado su conversión en un partido conservador, y creado una poderosa crisis de unificación que fragmenta la unidad de los poderes del Estado y paraliza la mediación política que ha articulado la democracia dominicana (el PRD), sin poder construir nuevas mediaciones institucionales entre Estado y sociedad<sup>9</sup>.

### **LA ESPIRAL DEL CLIENTELISMO**

La crisis de representatividad, la autonomización de las élites, son procesos que convierten hoy la política en un campo de confrontación y negociación entre líderes, incrementando el peso específico de las relaciones primarias (amistad, parentesco, relaciones personales, tráfico de influencias) conformando el sistema burocrático de manera tal que descansa más sobre la base del clientelismo que de la institucionalidad. Este bloqueo e "involución" del proceso de institucionalización que se inició en 1978, tiende a dejar excluidas aquella inmensa cantidad de demandas sociales que está fuera del sistema (parcialmente) informal de compromisos.

Se conforma así una pirámide de poder en que las principales formas de solidaridad y eficacia política están dadas por el clientelismo de las tendencias, por la relación carnet del partido, afiliación tendencial y cargo gubernamental. La conquista de esa pirámide es una batalla sin fin en torno al control de la cima del sistema

---

<sup>9</sup>Ya Torcuato di Tella (*Populism and reform in Latin America* en John D. Martz (ed.) *The Dynamics of change in Latin American Politics*, Prentice Hall, New Jersey, 1971, p. 351) al hablar de los partidos multclasistas había señalado ciertas condiciones para el desarrollo de su versión más moderada allí donde se presentan ciertos elementos, tales como: ligazón entre líder y masas a través del carisma y lo emotivo, más que a través de una ideología elaborada, programática; relaciones organizacionales, institucionales, débiles, siendo más bien burocráticas y financieras (clientelistas, diríamos nosotros); ausencia de una competencia política externa importante y permanente; presencia de una amplia población rural e inmovilizada. Estos partidos pueden presentar una tendencia a perder su base popular y devenir modernos partidos conservadores. Este panorama es similar al momento actual del PRD.



clientelista, parte central en la cual está un vértice del Estado. Dicha pirámide se basa en el empleo estatal (o en su oferta) como elemento de inclusión, no en los gastos sociales que caracterizan al modelo populista de otros países latinoamericanos, debido tanto a la ausencia de grandes recursos gubernamentales como al hecho de que no se trata de una inclusión de fuerzas sociales organizadas a las cuales haya que tratar colectivamente dentro del sistema de compromisos, sino de una sociedad atomizada donde la inclusión puede ser individualizante. Uno de los resultados de esta dinámica ha sido la hipertrofia del Estado.

Presentada esquemáticamente la pirámide de poder tiene en su cima a una minoría, dentro de un sistema de privilegios legales y relaciones "informales", cuyo grupo gubernamental (y el que aspira a serlo) está sustentado por relaciones clientelistas. En el centro de la pirámide está la base social y partidaria integrada por ese clientelismo y por el mundo institucional (cuadros partidarios intermedios, segmentos de las capas medias), mientras que la extensa base de la pirámide está formada por la inmensa mayoría de unas clases populares desorganizadas, sin ninguna fuerza económica o política, que por ende están excluidas del sistema de compromisos que se estructura en la cima y la zona media de la pirámide.

Las nuevas élites que se producen en la cima de la pirámide de poder responden a una lógica parecida a ésta, señalada por Ronald C. Newton en su estudio sobre Latinoamérica:

"Nuevos hombres, algunos de oscuro background, han emergido como candidatos a formar nuevas élites funcionales. Pese a que pueden aspirar a ser parte de la red, de las insignias, del modo de vida de las oligarquías tradicionales, ellos, no tienen terreno libre para basar su preeminencia pública en determinantes de clase/status (adscripción acuñada en un largo tiempo). Su estatura deriva en gran medida, directamente de su performance cotidiano como patrones de sus respectivos grupos funcionales. Por lo tanto, las nuevas élites funcionales tomadas como un todo poseen un nivel de cohesión interna muy inferior al de las élites tradicionales"<sup>10</sup>. Y es que el clientelismo constituye una base mucho más amorfa, inestable y coyuntural que los vínculos de propiedad, y/o las ideologías acuñadas en un período largo de tiempo de otras élites cuya relación con "la clase" es mayor.

La masa amorfa que está en la base de la pirámide, cuya movilización política se realiza en períodos de campaña, constituye una base para una democracia de participación limitada, para una democracia que se realiza a través de canales autorita-

---

<sup>10</sup>Op. cit., p. 140.

rios (Gino Germani) y cuyos medios terminan entrando en contradicción con fines democráticos genéricamente planteados. (Sólo puede ser genérico un pensamiento que se plantee ciertos fines sin evaluar la correspondencia de los medios). Democracia parcialmente institucionalizada en la que clientelismo renovado cada cuatro años introduce formas políticas predemocráticas que bloquean su desarrollo y que constituyen un campo fértil para las tendencias autoritarias.

En relación a las tendencias internas a las masas dominicanas, su escasa institucionalidad, la práctica inexistencia de discursos sistemáticos dentro de las mismas, obstaculiza sobremanera su tratamiento científico. Lo cual se acentúa por la tendencia del pensamiento social dominicano a privilegiar diagnósticos aprioristas sobre la subjetividad de las masas, y a no investigarlas empíricamente. Sin embargo, pueden señalarse algunos elementos, siempre con la moderación que el análisis científico debe tener cuando sus fuentes de verificación son muy limitadas.

Por un lado, la expansión del clientelismo capta una parte de "las masas" dominicanas - especialmente las que giran en torno al partido oficial y al Estado - en un extenso campo de "trucos", habilidad personal y ejercicios de manipulación, necesarios para insertarse en un sistema vertical de compromisos y ascensión personal, cuya oferta es limitada. A este nivel se realiza una degradación ética de la política, junto a la difusión de formas predemocráticas que estructuran el clientelismo.

Por otro lado, en un fenómeno cuyas conexiones con el anterior habría que investigar, las relaciones de exclusión que la pirámide de poder produce y reproduce frente a un amplio segmento de la población popular, unida a la desorganización que la caracteriza, conduce (y puede conducir con una periodicidad más corta) a coyunturas de unificación y movilización que, dada la ausencia de formas organizacionales que les den continuidad, poseen un carácter acentuadamente espontáneo, intermitente y puramente negativo (en el sentido de no estar expresando, al menos hasta el momento, algún conato de proyecto que trascienda la lucha primaria por la supervivencia y en contra de la inflación, algunos elementos de construcción de alternativas). Son formas de lucha cuya conexión con los partidos y organizaciones existentes es muy parcial y que por tanto tienden a ser incontrolables (al menos en su expansión dentro de una coyuntura específica). Al no tener una vigencia institucional, fenómeno que se articula con la crisis de proyectualidad de las políticas existentes en la República Dominicana actual, estas manifestaciones - hasta la fecha - no han tenido solución de continuidad. No es válida, pues ninguna teleología, ninguna adscripción de las mismas a un proyecto, porque hasta el momento su terreno de desplazamientos es bastante amplio, en tanto no están articu-

ladas por ningún proyecto. Las masas, así pueden ser terreno fértil tanto para formas netamente autoritarias que introduzcan alguna respuesta a sus protestas, como para algunas formas de democracia que podrían construirse en el futuro.

Sin embargo, es necesario observar que la tradición autoritaria del pueblo dominicano constituye en la crisis paradigmas más autoritarios que democráticos, sea en el sentido de una democracia representativa como de una democracia radical<sup>11</sup>.

### **Referencias**

- \*Oviedo, J., ESTADO, REESTRUCTURACION Y CRISIS, EN REPÚBLICA DOMINICANA (1965-78). II - UASD. 1983; La explotación de la fuerza de trabajo.
- \*Oviedo, J., TESIS. - UASD. 1983; Estado, Reestructuración y Crisis, en República Dominicana (1965-78).
- \*Artiles, Leopoldo, TESIS DE MAESTRIA. - México, FLACSO. 1982; La ideología del empresariado dominicano.
- \*Oviedo, J., REVISTA REALIDAD CONTEMPORANEA. p18-19 - 1982; Estado y Clases Subalternas.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 74, Septiembre- Octubre de 1984, ISSN: 0251-3552, <[www.nuso.org](http://www.nuso.org)>.

---

<sup>11</sup>En una encuesta efectuada en nivel nacional entre personas cuya edad es superior a los 61 años, un 43% consideró la dictadura de Trujillo como "buena", un 36% como "mala" y un 21% "no sabía", mientras que de los jóvenes entre 15 y 22 años, un 54% opinó que era "mala", pero un 31% respondió que "no sabía" y un 15% consideró que había sido "buena". Entre los analfabetos, un 45% la consideró "buena", un 29% como "mala" y un 27% "no sabía". Bernardo Vega: Menos de la mitad de los dominicanos creen que Trujillo fue un mal gobernante, Listín Diario, 9 de junio, 1984.